

Homilía pronunciada por el arzobispo de Valencia el Miércoles Santo, durante la solemne Misa Crismal en la Catedral

.....Hemos iniciado el Itinerario Diocesano de Renovación. Tenemos que verlo como una gracia de Dios. Lo está siendo queridos hermanos sacerdotes, a pesar que puedan existir algunas deficiencias que siempre en el comienzo de algo tenemos y tendremos que superar. El eslogan de este primer ciclo tiene este título: “¡Ojalá escuchéis hoy su voz!” (Sal 95, 7). Nos sugiere y nos llama a vivir en la escucha de la Palabra de Dios. Este primer ciclo, que ha sido dedicado a la convocatoria y puesta en marcha del proceso de renovación y que como todos sabéis consta de tres partes que hemos vivido con especial intensidad: la convocatoria diocesana con la motivación y formación de grupos, la preparación de los animadores de los grupos y la iniciación del trabajo de grupos. Todo este primer ciclo es normal que tenga alguna dificultad de comienzo que si Dios quiere se irá eliminando a través de todas las aportaciones que estáis realizando. Pero lo más importante es que hemos comenzado a ocuparnos de la Palabra de Dios, de leerla, meditarla, interiorizarla, profundizar en lo que esa Palabra dice a mi vida y me impulsa a vivir. Hemos entrado en el camino de la Nueva Evangelización, que es nueva en ardor, en método y en expresión. Para acoger la Palabra de Dios, hemos elegido un método como es la “lectio divina”, que nos impulsa a toda nuestra Iglesia Diocesana a tener una intimidad especial con la Palabra. Es un método muy probado para profundizar y gustar la Palabra de Dios y constituye un verdadero itinerario espiritual en etapas. ¡Qué maravillas está produciendo ya! Pues consiste en leer y volver a leer un pasaje de la Sagrada Escritura, tomando los elementos principales, se pasa a la *meditatio*, que es como una parada interior, en la que el alma se dirige a Dios intentando comprender lo que su palabra dice hoy para la vida concreta; a continuación sigue la *oratio* que hace que nos entretengamos con Dios en coloquio directo; y finalmente se llega a la *contemplatio*, que nos ayuda a mantener el corazón atento a la presencia de Cristo, cuya palabra es “lámpara que luce en lugar oscuro, hasta que despunte el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana” (2 Pe 1, 19). Tened en cuenta que ésta es una manera apropiada de hacer la nueva evangelización, pues la lectura, el estudio y la meditación de la Palabra tienen que desembocar después en una vida de coherente adhesión a Cristo y a su doctrina. Este primer ciclo que estamos viviendo, y que seguirán después otros en los próximos años, me ha recordado en muchas ocasiones dos cosas que nosotros hemos vivido de una manera especial: La primera es el momento de mi ordenación episcopal, cuando sobre mi cabeza y arrodillado se puso durante un rato largo el libro de los Evangelios, era la imagen de quien recibe sobre sí mismo e integra en su vida la enseñanza evangélica para después proclamarla a los demás; la segunda es esa pregunta que una vez concluida la homilía de vuestra ordenación sacerdotal os hicieron para que manifestaseis vuestra voluntad de acceder al Ministerio sacerdotal y del propósito de vivirlo según la Iglesia. Os decía el Obispo así: “Queridos hijos: antes de entrar en el orden de los presbíteros debéis manifestar ante el pueblo vuestra voluntad de recibir este ministerio”. Y entre otras preguntas se os hacía esta: “¿Realizaréis el ministerio de la palabra, preparando la predicación del Evangelio y la exposición de la fe católica con dedicación y sabiduría?” Y con todas vuestras fuerzas dijisteis así: “Sí, lo haré”. ¡Veis la importancia que tiene la Palabra de Dios en nuestra vida y en nuestra misión!

¡Qué imagen más hermosa la del itinerario diocesano de renovación! Nada más ni nada menos que nos propone situar nuestra vida ante la Palabra de Dios y dejarnos sumergir en la hondura que esta palabra tiene y nos da. La imagen de itinerario o camino es muy frecuente en el Nuevo Testamento y, en particular, en

el libro de los Hechos de los Apóstoles, que nos describe los comienzos de la comunidad cristiana. En la homilía de mi llegada a la Archidiócesis hace dos años, os decía: “caminemos todos juntos, seamos imagen viva del Pueblo de Dios peregrinando”. La vida cristiana tiene siempre una situación de itinerancia. Y lo importante es comprender el punto de partida, la dirección y las etapas sucesivas. Y precisamente es esto, lo que con todos vosotros y el pueblo de Dios quiero realizar. Al leer las páginas del Nuevo Testamento, vemos que en ellas se encuentra la conciencia de un itinerario. De un itinerario que realizamos acompañados y dirigidos por la Palabra de Dios. Así lo indican los distintos nombres con los que son designados los diferentes grupos cristianos: están los catecúmenos que se preparan para el bautismo, los iluminados que han recibido la iluminación bautismal, los discípulos o aprendices, que están aprendiendo, los cristianos llamados maduros, perfectos, que de alguna manera han llegado al final del camino. En la comunidad primitiva eran conscientes de la itinerancia. Y en ese itinerario se encontraba el presbítero, acompañando, alentando.